

tiempo, de apelar de la sentencia del concilio al juicio inmediato de la Santa Sede. Inocencio III, previendo esta maniobra, ya habia prohibido á su legado de tomar en cuenta ninguna apelacion, porque sabia muy bien que los díscolos rebeldes apelan del papa al concilio y del concilio al papa solo por ganar tiempo y por no sujetarse á nadie. El 12 de diciembre de 1199, á media noche, el toque lúgubre de las campanas llamó á la catedral á los Padres del concilio de Dijon. Los obispos y sacerdotes fueron en silencio á la basilica, alumbrados con antorchas. Cubria la imágen de Cristo un velo negro, y las santas reliquias habian sido transportadas á los subterráneos: se habian consumido ó quemado los últimos restos de las hostias consagradas. El legado, con estola morada, como en el día de la Pasion del Salvador, pronunció entredicho eclesiástico « en todas las provincias sometidas á la dominacion » del rey de Francia, tanto tiempo como tardase en renunciar » este príncipe á su adúltero consorcio con Inés de Merania. » A estas palabras, todos los cirios y antorchas fueron apagados en tierra: las tinieblas profundas de la noche añadan aun mas terror á la terrible ceremonia; gemidos y sollozos de ancianos, niños y varones resonaban por las bóvedas de la catedral. « Parecia ser llegado el terrible dia del juicio final, » dice un autor contemporáneo. La ejecucion del entredicho cubrió toda la Francia de un vasto manto de duelo; la consternacion fué general, y los escritores de la época cuentan el dolor popular con términos muy enérgicos. Los fieles se iban á la Normandía ó á otras posesiones del rey de Inglaterra, solo por gozar de los consuelos de la religion. « No se trataba aquí, dice Hurter, » ni de dominios temporales, ni de derechos disputados á la » Santa Sede, sino de esta gran cuestion: ¿ *El soberano católico está sometido á las leyes del cristianismo que obligan á sus vasallos?* Diremos desde luego que si estas leyes se habian aplicado entonces de otro modo, y mas severamente » que en nuestros días, no era culpa de los papas. Inocencio III en el asunto del divorcio no se guió sino por el justo » aprecio de sus deberes y de los príncipes: animado de celo

» apostólico, no se dejó doblar por ninguna consideracion humana... El deber de un papa es ser pastor de los reyes, para » ser así salvador de los pueblos. »

9. El obispado francés, animado por Pedro de Arras, noble y valeroso prelado, se mostró, con muy raras excepciones, digno del papa que habia contado con su concurso. Las iglesias fueron cerradas en todas las diócesis, é interrumpido el oficio divino. La ira de Felipe Augusto estalló contra el clero. El obispo de París, Eudo de Sully, fué proscrito del reino y su casa saqueada. El obispo de Senlis se fugó para librarse de vejaciones. Ingelberga, causa inocente y víctima de tantos furors, fué encerrada en una fortaleza de Etampes y tratada con mucho rigor. Las violencias del rey no hacian sino exasperar á los vasallos: los barones tomaron las armas, los criados y escuderos de Felipe Augusto se alejaban de él y huian como de un enemigo de Dios y de los hombres. En tanta perplejidad, partido entre su deber y una pasion que aumentaba con los obstáculos, diputó el rey algunos caballeros á Inocencio III, quejándose de la dureza del legado. « El rey, » nuestro amo, decian al papa, está dispuesto á comparecer » ante jueces nombrados por Vuestra Santidad, y á someterse » á su sentencia. — ¿A qué sentencia? repuso Inocencio III. » No puede haber sino una sola, y ya está decretada. Aleje el » rey de sí á Inés de Merania, y restablezca á la reina en sus » derechos de esposa legítima. » Esta respuesta aumentó la furiosa pasion y ceguera de Felipe Augusto. « ¡Saladino era » feliz! exclamaba; pues no tenia papa sobre sí. » Quiso intentar un recurso á favor del criminal objeto de su pasion. Todos los prelados y señores del reino fueron llamados á junta nacional. Inés de Merania se presentó en medio de la asamblea, pálida, consumida de tristeza y remordimientos interiores. « Al modo que la viuda de Héctor, dice Guillermo Breton, » escritor contemporáneo, hubiera podido conmovér á todo el » ejército de los Griegos. La juventud, llena de vida, de frescura y lozanía, la gracia con que cinco años antes distribuía » en los torneos los premios de los adalides, todo, todo habia

» desaparecido. » El rey contaba con el mágico y sentimental efecto que produciría este contraste, capaz de enternecer corazones de guerreros, mucho mas de caballeros y nobles. Sin embargo, los barones guardaron profundo silencio : « ¿Qué » tengo yo que hacer? preguntó Felipe Augusto. — Obedecer » al papa, respondieron; alejar á Inés de Merania y volver á » tomar á Ingelberga. » A vista de esta unanimidad, cedió el rey : y nunca, ni aun en el campo de Bouvines, apareció mas grande; jamás mereció mejor el título de Augusto, porque la victoria mas difícil, noble y gloriosa es triunfar de sí mismo y de sus pasiones. Inés fué pues separada del rey, y murió poco tiempo despues. La piadosa Ingelberga volvió á subir á un trono de que tan digna la hacian sus virtudes. Felipe Augusto no pensó en adelante sino en hacer olvidar estos dias borrascosos (desde 1200 á 1207) con el esplendor de su reinado y sabia administracion. Inocencio III logró el fin que se proponia, y fué reparado el escándalo.

10. Acontecimientos de la mas alta importancia política reclamaban al mismo tiempo la atencion de Inocencio III. La Alemania, conmovida hasta en sus cimientos, demandaba al poder pontifical una regla de conducta en medio de las revoluciones intestinas. Los príncipes de Hohenstaufen, jefes del partido *Weibling* (Gibelino), contaban tres emperadores sucesivos desde Federico I. La familia de los *Welf* (Güelfo) (1), de origen mucho mas antiguo, competian con ellos en poder y esplendor. Felipe, duque de Suabia, hermano de Enrique IV,

(1) Habia en Alemania dos casas poderosas : una designada bajo el nombre de *Sálica* ó de *Weiblingen*, de la voz *Weibling*, palacio de la diócesis de Augsburgo en las montañas de Hertfeld, de donde saldría probablemente esta casa. Los partidarios de ella, que habian dado muchos emperadores, se llamaban *Weibling*. La otra, originaria de Altorf, poseia actualmente la Baviera, y habia visto á su cabeza sucesivamente príncipes que se titulaban *Welf*. Los papas habian luchado frecuentemente con los *Weibling*, y muchas veces encontraron defensores suyos entre los *Welf*. La infeliz Italia, harto desventurada por sí misma, tomó parte en estos bandos alemanes. Y como no se acomodaban á su órgano las duras voces alemanas, cada partido italianizó el nombre suyo. Los partidarios de los papas y su soberanía temporal se llamaban *Guelfi* (Güelfos); los adversarios de los papas se llamaba *Ghibellini* (Gibelinos). (Artaud de Montor, *Historia de los soberanos Pontífices*, tom. II, pág. 308.)

representaba el partido *Gibelino*; Othon, duque de Aquitania, era el cabeza de los *Güelfos*. Ambas facciones los eligieron simultáneamente emperadores, sin tomar en cuenta los derechos con que se presentaba pretendiente la parte del jóven Federico II, rey de Sicilia, á quien su padre, Enrique VI, habia hecho coronar cuando aun estaba en la cuna. Los dos competidores serios, Othon y Felipe, recurrieron á la vez al soberano pontífice para hacer reconocer su respectiva eleccion. Aquí encontramos de nuevo una prueba evidente de la autoridad suprema de que el derecho público de la edad media habia revestido al pontificado en todas las contiendas que atañian á sucesiones discutidas ó al reposo de los pueblos. « No, » dice Hurter; Inocencio III, interviniendo en la eleccion del » emperador de Alemania, no usurpaba en provecho de la » Santa Sede los derechos del imperio; no hacia sino acceder » al voto de toda Europa, que esperaba su decision (1). » Dos consideraciones determinaron la decision del papa. No pensó en hacer valer los derechos de Federico II, su pupilo, como tampoco pensaron en ello los electores imperiales. « ¡Desgra- » ciado país donde el rey es niño! escribió en la famosa bula » en que comunicó á la Alemania su decision. No se diga que

(1) Fleury pretende probar que los papas no fundaban su poder en la edad media, respecto de los reyes, sino en una falsa interpretacion del famoso texto de Jeremías : *Eccc constitui te super gentes et super regna, ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipas, et edifices, et plantes*. Ya hemos demostrado que este poder estaba basado en el derecho público de la edad media : no insistiremos ya mas. Solo añadiremos que razonan mal los escritores hostiles al pontificado, cuando parten del supuesto de la polémica escolástica del tiempo, y de las palabras de los papas apoyándose en la interpretacion de la sagrada Escritura. No han reflexionado que en los acontecimientos humanos hay siempre dos aspectos : el que les dan los hombres, y el de la verdad, independiente del punto de vista puramente humano. Así sucede con los papas. Todas las razones en que apoyaban su autoridad, podian no ser igualmente concluyentes, sin que esto implique nada contra el principio mismo. (El conde de Beaufort, *Historia de los papas*, tom. III, pág. 260.)

[Los papas tenian y estaban convencidos de tener derechos, no por la opinion pública, sino de Dios mismo, en virtud de su sagrada mision de primados de la Iglesia, de padres de los pueblos, de pastores de los reyes. Que los hombres nieguen ó no tales derechos, no por ello dejan de ser estos reales, sagrados y efectivos : al modo que porque los ateos nieguen la existencia de Dios, etc., no deja por ello de haber un Dios, etc.] (El Traductor.)

» Federico II nos ha sido confiado en tutela : el trono imperial
 » no es hereditario, sino electivo. Nuestra obligacion como
 » tutor no se extiende hasta hacer subir un huerfanito al im-
 » perio : se limita á mantenerlo en la posesion del reino de
 » Sicilia. »

11. Inocencio III tenia pues que escoger entre Felipe de Suabia y Othon de Aquitania. En esta alternativa, en que de ambos lados habia peligro, el papa se inspiró de los sentimientos mas elevados del órden público y moral, y del bien general. Por una parte habia de salvar el derecho del imperio, esencialmente electivo. Por otra parte tenia que asegurar para la Iglesia romana, al escoger emperador, un celoso defensor, un hijo sumiso, digno de llevar la corona de Carlomagno. Ahora bien, Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, si se hubiese sentado en el trono imperial, hubiera sido el cuarto emperador de la familia de Hohenstaufen : no hubiera ya sido un príncipe electivo, sino un príncipe hereditario. « Si, como » en otro tiempo en que el hijo sucedia al padre, decia el » papa, se viera hoy suceder el hermano al hermano, el im- » perio no seria ya conferido por eleccion, sino que seria » reivindicado por derecho de herencia, y desde entonces el » abuso se erigiera en derecho. » Por otra parte, Felipe de Suabia estaba excomulgado mucho tiempo hacia por la Santa Sede, por haber usurpado, de concierto con Enrique VI, en Italia, dominios y feudos pontificales, por haber arrojado de sus sillas á varios obispos, y por haber retenido presos todos los clérigos afectos al soberano pontífice. Tales antecedentes no prometian á la Iglesia un defensor muy fiel. Inocencio III se declaró pues por la parte de Othon, duque de Aquitania. De este modo, protegía los derechos del imperio electivo, y conservaba á los príncipes de Alemania su libertad de electores. » A él debe la Alemania, dice Hurter, el no haber sido aglomera- » rada en una sola casa, que tal vez hubiese manifestado á lo » exterior mayor potencia, pero que en lo interior no hubiera » engendrado por cierto aquella riqueza y variedad de cultura » intelectual por las que se distingue la nacion alemana sobre

« los demás pueblos. » No se sometió Felipe de Suabia á una sentencia que le era contraria, y quiso sostener sus derechos con las armas. Desde el año 1201 á 1208 continuaron las hostilidades con varia fortuna en Alemania; y corrian arroyos de sangre por la ambicion del duque de Suabia. Pero en fin el cielo se encargó de ratificar la decision pontifical. El 21 de junio de 1208, Othon de Wittelsbach, conde palatino de Baviera, ofuscado por cierta injusticia y agravio personal contra el duque Felipe, entró en su aposento en el palacio de Bamberg con espada en mano : « Dejad vuestra espada, le dijo Felipe, » pues aquí no es necesaria. — Sí lo es, repuso el palatino, » para vengarme de tu perfidia; » y al mismo tiempo le atravesó de una estocada, de que espiró el duque al momento. La muerte de Felipe terminaba la lucha; y no habiendo ya sino un partido en Alemania, la dieta de Francfort reconoció solemnemente el 11 de noviembre de 1208 á Othon, elegido por Inocencio III. Para sellar la paz, fué convenido que Othon se casaria con Beatriz, hija y heredera de Felipe de Suabia. El nuevo emperador partió inmediatamente para Roma con su jóven esposa para recibir la corona imperial de manos del papa, su bienhechor. La ceremonia se celebró en la iglesia de San Pedro con pompa y esplendor hasta entonces no vistos. « ¿Quereis vivir en paz con la Iglesia? preguntó el papa. — Sí » quiero, respondió Othon. — Yo os doy la paz, como fué » dada por Cristo á sus discípulos, repuso Inocencio III, y » besó la frente del emperador. — ¿Quereis ser verdadero hijo » de la Iglesia? preguntó de nuevo el pontífice. — Sí quiero, » respondió el emperador. — Os recibo pues como verdadero » hijo de la Iglesia, » dijo Inocencio III, y diciendo estas palabras, cubrió á Othon con los pliegues de su manto pontifical. Por desgracia, Othon no fué mas fiel al juramento que sus antecesores.

12. Al pasar cerca de Asis para ir á la ceremonia de su coronamiento, Othon habia encontrado á su paso en el camino mismo la ermita de Rivo Torto, primer retiro de san Francisco de Asis. El piadoso solitario no salió de su celdita para ver

pasar el acompañamiento imperial; pero envió al príncipe uno de sus discípulos, encargado de decirle á solo él aquellas palabras: «La gloria que te rodea no durará mucho.» La predicción fué veraz, mas el emperador Othon IV no debió sino á sí propio su decadencia. Todo se lo debió al papa Inocencio III. Definitivamente instalado en su solio, se creyó harto fuerte para luchar á brazo partido contra su protector. Se apoderó de los dominios de la Iglesia en Toscana, y entró por las tierras de Federico II, rey de Sicilia. Muy pronto conoció que Inocencio había de recobrar lo que había dado. El emperador ingrato fué excomulgado; y la sentencia pontifical le declaraba privado del trono, y absolvía á sus súbditos del juramento de fidelidad. Al mismo tiempo, por gestiones del papa, el joven Federico II, rey de Sicilia, fué promovido á la dignidad imperial en la dieta de Nuremberg. El ex-pupilo de la Santa Sede, por las circunstancias maravillosas de su elevación y en la caída inesperada de su antecesor, hubiera debido conocer que no se ultraja impunemente á la Iglesia de Dios. Othon, después, quiso apelar á las armas, pero la justicia de Dios le esperaba en Bouvines.

13. Este sitio tenía que ser fatal también á Juan Sin-Tierra. Príncipe disimulado y cruel, carácter suspicaz y traidor, orgulloso por su buena suerte, bajo en la adversidad, infiel con sus amigos, cobarde con sus enemigos, Juan Sin-Tierra subió al trono por un asesinato. El derecho de representación, seguido en los estados feudales, llamaba á la corona de Inglaterra, después de muerto Ricardo Corazón de León, al joven Arturo, príncipe de Bretaña. Juan Sin-Tierra, á quien nada costaban los crímenes, se desembarazó, en 1203, de su rival haciéndole asesinar. Felipe Augusto cita al asesino, en calidad de vasallo de la corona de Francia, al tribunal superior de París para dar cuenta de su conducta. Juan se niega á comparecer, es declarado reo de felonía, condenado á muerte y privado de sus feudos. Felipe Augusto se encargó de ejecutar por sí mismo la sentencia. En un año se apoderó de la Normandía, del Anjou, del Maine y del Poitou, reuniéndolos al dominio

real, y solo dejaba á los Ingleses la Guiena. Hubiera proseguido sus conquistas, y se prometía de ir á atacar á su vasallo traidor en el corazón mismo de Inglaterra, cuando Juan apeló al papa, y le suplicó mediase en su favor con su temible rival. Inocencio III, que se llamaba á sí mismo «el representante de» Jesucristo en la tierra, el conciliador supremo, creyó deber interponer su autoridad para detener el derramamiento de sangre. En la célebre bula: *Novit ille*, dirigida á Felipe Augusto, en nombre de la jurisdicción espiritual de que se halla revestido sobre los reyes y los pueblos, en nombre de la autoridad suprema que le da su misión divina, manda al rey de Francia cese toda hostilidad. Avoca la causa á su tribunal, reservando hasta la sentencia definitiva los derechos de ambas partes. Los escritores hostiles al pontificado han censurado enérgicamente la intervención de Inocencio III en esta circunstancia, y buscan cómo hallar en el tenor de la bula mismas razones para probar que los motivos en que se apoya el soberano pontífice para confirmar la jurisdicción que se atribuye no están fundados ni en hecho ni en derecho. La respuesta más perentoria es la que nos suministra la misma historia. Felipe Augusto se sometió y concluyó con el rey de Inglaterra una tregua de cinco años. Este príncipe [ni débil, ni ignorante, ni mucho menos fanático] debía de conocer el derecho público de la edad media mucho más y mejor que los adversarios de Inocencio III.

14. Juan Sin-Tierra era indigno de la protección pontifical. Un año después, renovando la querrela de las investiduras y las crueldades de Enrique II, echaba de su silla al virtuoso cardenal Estéban Langton, arzobispo de Cantorbery. Con la misma mano que había levantado al suplicante [cuando abatido], fulminó Inocencio III censuras rígidas contra el rebelde. Fué entredicho todo el reino de Inglaterra. Juan Sin-Tierra correspondió á este acto de vigor con infame burla y crueldad. El animoso Godofredo de Norwich, que había promulgado la sentencia pontifical, fué metido en un calabozo; el tirano le hizo vestir de una capa de plomo y le dejó morir de hambre en

este suplicio. Algunos dias despues, en una cacería mayor, Juan Sin-Tierra, viendo abrir á un ciervo, dijo burlándose del entredicho del reino : « Este animal estaba muy sano, y con todo » no oía la misa. » Furioso contra el papa y príncipes cristianos, fué á buscar un aliado en los reyes moros de España, con cuyo objeto envió diputados al emir Al Mumenin, Mohammed-Ben-Nasser, prometiendo reconocerle soberano si le ayudaba en su contienda con el papa. Cuando se presentaron á él los diputados ingleses, el emir cerró un libro en que estaba leyendo : « Yo leía, les dijo, una obra griega de un sabio cristiano, llamado Pablo, cuyas acciones y palabras me complacen sobre » manera : la sola falta que le pongo es haber abandonado la » religion en que habia nacido. Otro tanto digo del rey de » Inglaterra, el cual por inconstancia quiere dejar la ley cristiana, tan santa y tan pura. Sabe Dios que si no tuviera aun » religion, escogiera de preferencia la católica. Vuestro amo » es un miserable, un cobarde ; por lo tanto indigno de mi » alianza. » Inocencio III, viendo la pertinacia de Juan Sin-Tierra, le excomulgó por fin nominativamente, le declaró privado del trono, y absolvió á todos sus súbditos del juramento de fidelidad. El papa dió al mismo tiempo la corona de Inglaterra á Felipe Augusto, y encargó á este príncipe ejecutase la sentencia. El rey de Francia aceptó, y reunió inmediatamente una armada de mil setecientas velas en la embocadura del Sena, proponiéndose resucitar el espíritu de Guillermo el Conquistador. Pero el cobarde Juan Sin-Tierra, en vista de tan prodigioso armamento, se sometió. « De acuerdo con nuestros » barones, escribió al papa, de nuestro propio movimiento y » libertad, sin hallarnos violentados en manera alguna, ponemos nuestra persona y nuestros Estados, nuestros reinos de » Inglaterra é Irlanda en manos del soberano pontífice y de » sus sucesores católicos, á fin de recibirlos de nuevo de sus » manos en calidad de vasallo de Dios y de la Iglesia romana. » La satisfaccion era completa : Inocencio III la acogió, y no pasó adelante la empresa del rey de Francia. Pero Juan Sin-Tierra, humillado, furioso, revolvió toda su venganza contra Felipe

Augusto, y le suscitó enemigos en todos los reinos de Europa. El ex-emperador Othon IV, los duques de Sajonia, Lorena y Brabante, los condes de Holanda y Limburgo, al frente de un ejército de sesenta mil combatientes, entraron en Francia por Tournay. Felipe solo tenia cincuenta y cinco mil hombres que oponerles ; pero eran de lo mas escogido de la nobleza francesa, mandada por jefes tales como el duque de Borgoña, el conde de San Pablo, Mateo de Montmorency, el valiente caballero del Hospital, el freire Guerin, nombrado obispo de Senlis, que asistió á la batalla sin espada ni lanza, pero cuyos consejos valian un ejército. La victoria de Bouvines correspondió á su valor. Felipe Augusto, mas poderoso que nunca, fué objeto de admiracion universal. Othon IV fué á morir sin gloria á su ducado de Brunswick. Juan Sin-Tierra volvió á sus Estados, haciéndose aborrecer de sus barones, los cuales en 1215 le forzaron á firmar la *Carta Magna*, origen y base de las libertades inglesas. El rey perjuro no tardó en quebrantar sus juramentos. Los barones se rebelaron de nuevo y desfirieron la corona á Luis de Francia, hijo de Felipe Augusto. Juan Sin-Tierra murió digno de su apellido, año de 1216, en el momento mismo en que el príncipe francés tomaba posesion de Londres.

15. Desde el principio mismo de su pontificado, habia preocupado constantemente el ánimo de Inocencio III el pensamiento de una nueva cruzada : queria reconquistar la Palestina, arrancada á los Latinos por las armas de Saladino. Foulques, cura de Neuilly en el Marne, fué el predicador de la cuarta cruzada, y no le faltó el celo y elocuencia del ermitaño Pedro. Los principales jefes de ella fueron Balduino IX, conde de Flandes, Gauthier y Juan de Briena, Mateo de Montmorency, Simon de Monfort, cuyo nombre habia de ser tan célebre, y Jofredo de Villehardouin, mariscal de Champaña, escritor gracioso de esta expedicion ; y en fin Bonifacio II, marqués de Monferrat, que fué proclamado generalísimo. Emprendida con el mayor ardor, esta expedicion no tardó en separarse de su verdadero objeto por motivos extraños á él. Los Venecianos, que habian de suministrar buques para el ejército, exigieron